

RENÁN Y LA IDEA DE NACIÓN *

GUSTAVO FERRARI

I. Con frecuencia se suele aducir en los cursos de derecho público la célebre definición de nación propuesta por Ernest Renán en una conferencia leída en la Sorbona el 11 de marzo de 1882. Pero no se pasa, por lo general, de una alusión a la frase más conocida, la que acuñó para siempre la fórmula del "plebiscito cotidiano", sin ahondar en las ideas políticas del autor. Resulta pues muy oportuna esta cuidada edición del texto famoso, traducido por Rodrigo Fernández-Carvajal, a quien pertenece también un extenso estudio preliminar titulado *El pensamiento político de Renán y la idea de nación*.

Encabeza aquí la breve conferencia un fragmento pertinente del prólogo que Renán compusiera en 1887, al reeditarla junto con otros ensayos bajo el título común de *Discours et Conférences*. Confiesa Renán en dicho prólogo que se trata de su "profesión de fe" y que ha pesado cada una de sus palabras; y formula un vaticinio nefasto, ratificado luego por los hechos: "cuando la civilización moderna haya zozobrado víctima del equívoco funesto de estas palabras: *nación, nacionalidad, raza*, deseo que se recuerden estas veinte páginas". El prólogo evoca por fin la tremenda constatación de Jeremías (LI, 58): "He aquí cómo las naciones se fatigan por la nada, se extenuan en provecho del fuego".

La conferencia de Renán se divide en dos partes. En la primera advierte de entrada contra los peligrosos equívocos que envuelven a la idea de nación y promete, por su lado, la frialdad y la imparcialidad más absolutas en un trabajo muy semejante a al vivisección: "Vamos a tratar a los vivos como se acostumbra a tratar a los muertos". Hay naciones desde el fin del imperio romano o, mejor, desde la disolución del imperio de Carlo-

* ERNESTO RENÁN: *¿Qué es una nación?* Traducción y estudio preliminar de Rodrigo Fernández-Carvajal. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957.

magno.¹ Son, pues, una cosa bastante nueva en la historia, algo desconocido en la Antigüedad —que sólo vió despotismos o pequeños y excepcionales focos patrióticos— y prefigurado hasta cierto punto por Roma. Las naciones se originan en la invasión germánica. Característica de los nuevos estados en la fusión de los pueblos que los componen, resultado atribuído a dos circunstancias esenciales: la aceptación del cristianismo por los pueblos germánicos, y el olvido de su propia lengua por parte de los conquistadores. Y el erudito Renán aventura una paradoja: el olvido, y hasta el error histórico son un factor primordial en la creación de una nación; y, a la inversa, el progreso de los estudios históricos es a menudo un peligro para la nacionalidad, pues trae a la memoria de los hombres la violencia usada aún con frutos políticos benéficos.

Renán sugiere el ejemplo de la monarquía francesa; autora de la unidad nacional, pierde injustamente prestigio cuando se la mira de cerca. La esencia de una nación radica en que los individuos tengan en común muchas cosas, pero también en que hayan olvidado otras muchas. La nación moderna es un resultado histórico que admite diversas causas: una dinastía (Francia), la voluntad directa de las provincias (Suiza), un tardío espíritu general (Alemania, Italia). “Gloria es de Francia el haber proclamado, por la Revolución Francesa, que una nación existe por sí misma. No debe parecernos mal el que se nos imite. El principio de las naciones es el nuestro”. Ya se verá más abajo cómo esta entusiasta declaración de Renán no es un modelo de perspicacia política. Francia fué y será provechosamente imitada por Prusia.

La segunda parte de la conferencia expone una serie de respuestas posibles a la pregunta que da nombre al libro, respuestas todas, a juicio de Renán, falsas o incompletas. 1) Una nación no reposa, necesariamente, sobre una dinastía, pues pueden existir —y, de hecho, existen— naciones sin principio dinástico. 2) No deriva de una raza determinada, y “asentar la política en el análisis etnográfico es montarla sobre una quimera”. 3) Tampoco se funda una nación en la comunidad de lengua; aparte los ejemplos eruditos, Renán recurre al caso patente de Suiza. 4) Niega que la idea de nación se base en las creencias religiosas, y dice: “ya no hay religión de Estado”. (Aunque debemos observar que las “religiones temporales” de la época posterior a Renán han renovado, y violentamente, el antiguo principio *Cujus Regio, ejus Religio*). 5) La comunidad de intereses es un

¹ HENRI PIRENNE en su *Historia de Europa desde las invasiones hasta el siglo XVI*, Méjico, F.C.E., 1956, ubica en el tratado de Verdún, del año 843, la división de Europa en estados, aunque advierte luego que para ello no se tomó en cuenta la idea de nacionalidad.

vínculo poderoso, pero insuficiente, una "*Zollverein* no es una patria". 6) La geografía, por fin, las fronteras naturales, a pesar de su importancia y de su influjo sobre la historia, no alcanzan a definir una nación.

¿Qué es, entonces, una nación? Más allá de las dinastías, de la raza, de la lengua, de la religión, de los intereses, de la geografía, "una nación es un alma, un principio espiritual". La integran dos elementos: uno pertenece al pasado, y es la posesión en común de un rico legado de recuerdos; el otro se proyecta sobre el presente, es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de mantener válida la herencia que se recibió indivisa de los antecesores. Una nación es, en suma, herencia y programa. Y aquí se inserta la afortunada metáfora: "La existencia de una nación es un plebiscito de todos los días, como la existencia del individuo es una afirmación perpetua de vida".

Renán añade que en esta materia ningún principio debe llevarse al exceso. Las naciones no son algo externo: probablemente las reemplazará una confederación europea. Pero Renán no juzga próximo ese momento y dice que en su tiempo la existencia de las naciones todavía es buena, e incluso necesaria, como garantía de una libertad que se perdería si el mundo no tuviera sino una sola ley y un solo dueño.

II. A pesar de su título, *El pensamiento político de Renán y la idea de nación*, el estudio previo de Fernández Carvajal se ocupa principalmente de establecer la genealogía filosófica del pensador francés. Y esta tarea es muy útil, porque "Renán resulta una curiosa encrucijada en la que encontramos reunidos los motivos más típicos del siglo XIX". Renán es, al mismo tiempo, discípulo de Comte y de Hegel. Discípulo de Comte, reprocha al fundador del positivismo su incompreensión de la filología; y profesa por la ciencia un culto más incondicional aún que el de su maestro, una verdadera religión de la ciencia: "Mi religión es siempre el progreso de la razón, es decir de la ciencia", escribe Renán en vísperas de su muerte, al resolverse a editar *L'avenir de la science*, terminado cuarenta años antes. Si Renán es un escéptico —un "escéptico omnisciente", según Faguet²— nunca lo abandonó la beatería de la ciencia, para emplear la feliz expresión de Ortega, que parece inventada para este caso. Discípulo de Hegel, Renán toma de él la inmanencia de Dios en el mundo, pero rechaza la identificación de lo real con lo ideal y sustituye al método dialéctico como motor de la historia por la acción discontinuo de los grupos.

La síntesis elaborada por Renán se ha mostrado más ines-

² ÉMILE FAGUET, *Politiques et moralistes du XIX siècle*, 3ª serie, París, s/f.

table aún que las de sus dos grandes maestros. Y ante todo hay que señalar la caducidad de su obra científica. Sólo resta de ella la pujanza del estilo y una ironía que acaba por constituir un "tic literario". Por otra parte, en cuanto teólogo secularizado, Renán —un "embriagado de historia"— atribuye al cambio histórico un sentido divinizador, vinculado por el discípulo de Comte y admirador de Darwin y Berthelot al desarrollo del saber empírico.

Renán aborda el mundo político con el prejuicio de la religión de la ciencia. Necesita un "poder espiritual" que reemplace al clero y a la nobleza; imagina entonces una suerte de élite científica instaurada a través de la monarquía constitucional de corte anglosajón. Con el tiempo aumenta su desconfianza hacia la masa. "La conscience d'une nation réside dans la partie éclairée de la nation, laquelle entraîne et commande le reste", puede leerse en *La réforme intellectuelle et moral*. Y entre élite y masa existe una articulación que parodia el mecanismo del cuerpo místico de la Iglesia, la participación recíproca de todos los miembros en los mismos bienes. Renán admira a la antigua monarquía francesa, unificadora de la nación, y no perdona a la Revolución el haberla suprimido. Su programa político es antidemocrático y tiende a la descentralización; esto y la admiración monárquica lo aproximó a los ideólogos de la *Action Française*. Para su ideal de nación prevé dos obstáculos: "la falsa democracia y el catolicismo estrecho"; aunque los adjetivos huelgan y podría escribir, con más sinceridad: la democracia y el catolicismo.

III. Nada hay que objetar, en general, al estudio de Fernández-Carvajal, una exposición clara y respetuosa de la confluencia ideológica que pasa por Renán, salvo una omisión. Su largo ensayo introductorio —más extenso, por cierto, que las "veinte páginas" del pensador francés— presenta sin embargo una laguna: el contexto histórico está ausente. Las ideas no se dan sueltas en el mundo, y el marco histórico de *¿Qué es una nación?* está proporcionado precisamente por la turbulenta Europa de las nacionalidades.³ Escribe un historiador que la "hidra de la Revolución" era bicéfala, como el águila de la Casa de Austria; sus dos cabezas eran el liberalismo y la idea de las nacionalidades. Y habría que determinar hasta qué punto la conferencia de Renán significa una reacción suficiente frente al principio de las nacionalidades.

Uno de los legados más hondos de la Revolución y el Imperio, más allá de las fronteras de Francia es el surgimiento de la

³ Sobre el problema de las nacionalidades, cf. PIERRE RENOUVIN, *Histoire des Relations Internationales*, t. V: Le XIXe siècle, I: De 1815 à 1870, París, Hachette, 1954; GEORGES WEIL: *L'éveil des nationalités et le mouvement libéral*, París, Alcan, 1930.

idea de nación en los territorios conquistados. Sobre todo en Alemania e Italia, aun no constituídas en su actual entidad nacional, el impacto revolucionario se hizo sentir con peculiar fuerza y con doble efecto: por un lado, como influjo ejemplar, digno de ser imitado; por el otro, en sentido contrario, al promover como reacción ante el ataque francés una verdadera fiebre nacionalista. El fruto más conspicuo de la derrota infligida por Napoleón a Prusia y de los ideales de la Revolución llevados por sus tropas se ha de cosechar en los *Discursos a la nación alemana*, que Fichte escribe justamente después del desastre de Jena en 1807.

Para colmo, esta corriente no era reprimida por los invasores, quienes miraban con buenos ojos los resultados de su mesianismo político. Su ceguera, que Francia pagará muy cara en 1870, estaba en la lógica de un sistema fundado sobre una concepción abstracta del hombre, sobre el postulado de la igualdad y aún de la identidad de todos los pueblos y, por consiguiente, sobre el valor absoluto de dogmas reputados igualmente milagrosos para uso externo e interno. Si en su culto de la uniformidad la República se proclama una e indivisible, también Alemania debe ser una e indivisible. Si la República suprime las viejas provincias, la simetría exige la supresión de los antiguos estados alemanes: desaparecen así del mapa doscientos cincuenta y tres estados independientes.

La idea de las nacionalidades será usada por Bismarck para cubrir, so capa de progreso, sus maniobras expansionistas, como más tarde, en el siglo veinte, el mito del imperialismo servirá a la mayor potencia colonial de Europa para desviar la atención del mundo de sus propios apetitos territoriales. La conferencia de Renán trasluce el duelo francés por la pérdida de Alsacia y Lorena, pero su teoría del voluntarismo nacionalista es un frágil resguardo contra las ambiciones de las grandes naciones. Este voluntarismo recorre toda su obra política. En *La réforme intellectuelle et morale* ya dice que "un país no es la mera suma de los individuos que lo componen, sino un alma, una conciencia, una persona, una resultante viviente", y que, destruido el principio de la legitimidad dinástica, "sólo nos queda el dogma de que una nación existe por el libre consentimiento de todas sus partes".⁴

Después de 1848 la política exterior francesa en Europa consiste en deprimir a Austria (la reacción) y alentar a Prusia (el progreso). Este fatal hechizo prusiano, de raíz ideológica —la leyenda de la Prusia "progresista" data del rey filósofo Federico II— y opuesto a los más obvios intereses de Francia, sobre-

⁴ RENÁN: *La réforme intellectuelle et morale de la France*, 3ª ed., París, M. Lévy, 1872, págs. 47 y 116.

vivirá a Sedán y recién empezará a desvanecerse, demasiado tarde, cuando el káiser envíe su famosa cañonera a Agadir, en 1912. También Renán cree en el mito prusiano, y en 1869, al borde de la guerra, en un ensayo sobre *La monarchie constitutionnelle en France*, escribe ingenuamente que el miedo a Francia provoca en las naciones germánicas una emoción que desaparecerá apenas se tranquilicen. . . Fresca aún la derrota, dice en *La guerre entre la France et L'Allemagne*: "Si el pensamiento de la unidad alemana era legítimo, también lo era que esta unidad se hiciera a través de Prusia".⁵

Renán reacciona frente al desastre militar y —como Le Play, Nietzsche, Burckhardt— frente a los hechos sangrientos de la Comuna. Publica entonces *La réforme intellectuelle et morale*, pero su proyecto de reforma calca el modelo prusiano: "une réforme de la France sur le type prussien, je veux dire, une forte et saine éducation rationnelle". . . En otro trabajo, anterior en pocos años a esta tentativa de plagio al vencedor, Renán preconizada, no sólo para Francia sino para toda Europa, el sistema político británico. Mediante una generalización de ideólogo, decreta que "los acontecimientos de los últimos meses prueban que el ideal de gobierno creado por Inglaterra se impone forzosamente a todos los Estados". Y que "El régimen liberal es una necesidad absoluta para todas las naciones modernas". Y también: "El equilibrio de Europa exige que todas las naciones que la componen tengan más o menos la misma constitución política. Un *ebrius inter sobrios* no sería tolerado en este concierto".⁶ Dos años más tarde la receta mágica será plagiar al ebrio.

Y nótese que estas inconsecuencias no son las de un político práctico que ensaya marchas y contramarchas para encarar una realidad siempre cambiante, sino las de un ideólogo instalado en su gabinete. Además, el voluntarismo de Renán carece de medios de expresión en un sistema que, como el suyo, excluye a la democracia. Sin contar con que su concepto de nación se reduce a Europa, pues aconseja a Francia "rivalizar con Inglaterra en la conquista pacífica del globo y en el dominio de todas las razas inferiores".⁷ Tales inconvenientes oscurecen la lección política de Renán, la cual sin embargo conserva su fama, fundada tal vez en el olvido de los detalles, según una paradoja ya aludida y prevista por el mismo Renán.

⁵ *Revue des Deux Mondes*, 15 de setiembre de 1870.

⁶ *La monarchie constitutionnelle en France*, en *La réforme intellectuelle et morale*, págs. 272 y 274.

⁷ *Ibid.*, pág. 305. RAYMOND ARON subraya esta contradicción en *Es-poir et peur du siècle*, París, Calmann-Lévy, 1957, cuya segunda parte está consagrada a Renan y Prevost-Paradol.